

Comentario

Preparar a los niños para ser ciudadanos, no meramente consumidores:
El aporte de la ética ambiental de Hargrove a la educación ambiental en Chile

Ricardo Rozzi*

La ética ambiental es una disciplina filosófica reciente que estudia y propone formas de relación entre la sociedad humana y el mundo natural. Esta rama de la filosofía provee un fundamento conceptual para la educación ambiental, a la vez que requiere de esta última para cultivar y poner en práctica nuevos modos de habitar y relacionarse con la naturaleza. Para que la educación sea ambientalmente apropiada, el filósofo Eugene Hargrove considera en su artículo, *Ética y educación ambiental*, imprescindible desprenderse de la dominancia del espíritu economicista prevalente en nuestros días, y es tajante en su máxima: "preparar a los niños para ser ciudadanos, no meramente consumidores."

En este sentido nos recuerda al padre de la ética ambiental contemporánea, Aldo Leopold, quien señalaba que la clave para dar curso a una ética ambiental es simple: "sólo debemos dejar de pensar en nuestra relación con la tierra como un problema puramente económico". El pensamiento económico es tan dominante en nuestro tiempo que nos parece imposible liberarnos de él, sin embargo, su omnipresencia se desvanece en una mirada histórica. Su prevaencia es reciente y Hargrove identifica tres fuentes filosóficas que le han dado origen: el positivismo, el pragmatismo y el utilitarismo.

El *positivismo* ha promovido la noción de una ciencia libre de valores, con la consiguiente interpretación de explicaciones y decisiones como "objetivas". Nuestra enseñanza de las ciencias naturales en las escuelas y universidades chilenas sigue en gran medida un modelo positivista. Los programas se centran en la observación del mundo natural bajo un protocolo empiricista, al margen de su contexto histórico y social. Por otro lado, el positivismo lógico ha promovido la idea de que los enunciados éticos son expresiones personales, irracionales y subjetivas. Para oponerse a esta noción, Hargrove insta a los educadores a enseñar que los valores no son creados individualmente y en aislamiento, sino en contextos sociales, culturales e históricos que deben ser observados. Del *pragmatismo* proviene la filosofía de conservación de Gifford Pinchot basada en el valor instrumental de la naturaleza. Bajo esta tradición, incluso el valor estético de los objetos naturales es antropocéntrico, reduciéndose al placer provocado en los seres humanos. A la idea de que todo valor es instrumental basado en el uso, Hargrove opone la noción de valor intrínseco. Del *utilitarismo* deviene la identificación de la felicidad, de lo bueno con el placer, que Hargrove contrasta con la ética de Aristóteles, quien critica esta identificación señalando que el placer no conlleva necesariamente un bien.

El cálculo dirigido hacia la maximización del placer ha sido rechazado por Hargrove como fundamento para una ética ambiental.

La economía contemporánea es interpretada por Hargrove como una extensión, una hija del utilitarismo, pero que ha ido más allá de su progenitor promoviendo el egoísmo, no sólo como una aproximación objetivamente válida para la ética, sino como única aproximación racional a la acción y conducta humana en general. La proposición de Hargrove tiene el mérito de relativizar el paradigma economicista, en tiempos que en nuestro país, como en el conjunto de los países latinoamericanos, la enseñanza escolar y la relación de la sociedad con el medio ambiente está basada en un paradigma científico, tecnológico y social que sirve a un modelo económico neoliberal. Hargrove indaga otros modos de valorar y relacionarnos con la naturaleza en nuestra tradición occidental. Desafía así a nuestra moderna razón instrumental que ha reducido a las relaciones entre los seres naturales, incluidos los humanos, al uso. Cuestiona al hombre moderno que valora a la naturaleza en función de la utilidad que ella le presta, de los recursos que descubre en ella. Al situar en una perspectiva histórica el modelo economicista, éste aparece como un momento cultural más, y aún relativamente reciente. Hargrove nos invita así a indagar en nuestras tradiciones históricas en la búsqueda de valores y actitudes de respeto por el mundo natural. Esta invitación podría expandirse ampliamente en Chile y los demás países latinoamericanos habitados por una rica diversidad cultural de tradiciones que cultivan, o han cultivado, múltiples formas de representación y relación con el mundo natural, que sería inadmisible reducir bajo la hegemonía económica.

Este es un estímulo para indagar en nuestra propia historia, y desde ahí concebir y recrear modos de habitar y relacionarnos con nuestro ambiente natural. Se flexibilizan así las estructuras de nuestros modelos sociales y sus agendas de educación. El artículo de Hargrove promueve espacios de reflexión, invitando a un diálogo entre los alumnos y los profesores, entre los hombres y la naturaleza. Un diálogo con las múltiples manifestaciones de la vida, miradas y amadas ahora desde múltiples perspectivas culturales. Una vez que nos sacamos las gafas del *Homo económico*, con su ciencia y tecnología orientadas al control de la naturaleza, a su uso, dejamos atrás la noción de recursos y podemos acceder a un diálogo con la multiplicidad de seres vivos y de seres humanos. **AD**

Instituto de Investigaciones Ecológicas Chiloé. Dirección actual: Department of Ecology & Evolutionary Biology, University of Connecticut. USA.